

# VARIACIONES LITERARIAS SOBRE LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS: CERVANTES Y LOPE DE VEGA

ANA L. BAQUERO ESCUDERO  
Universidad de Murcia

## **Resumen:**

Muy próximos a los acontecimientos históricos que culminaron en la expulsión definitiva de España de los moriscos, Lope y Cervantes dejaron constancia de la misma en algunas de sus obras. El presente estudio aborda, pues, el análisis de algunos de sus textos, vinculados por este motivo, para concluir de su estudio comparativo, cómo ambos escritores se sirvieron de esta experiencia real, para reflejarla de manera bien diferente en sus creaciones literarias.

Palabras clave: Expulsión de los moriscos. Lope de Vega. Cervantes. Ricote. La desdicha por la honra.

## **Abstract:**

Due to their proximity to the historical events leading to the final expulsion of the Moorish in Spain, Lope and Cervantes captured it in some of their works. The present study deals with the analysis of some of their texts, linked to each other for this reason, to conclude, from a comparative study, that both writers used this real experience and reflected it in their literary works in very different ways.

## **Keywords:**

Moorish expulsion. Lope de Vega. Cervantes. Ricote. Misfortune due to honor.

Entre 1609 y 1613 se sucedieron varios decretos relacionados con la expulsión de los moriscos que culminaron en el destierro último de todos ellos, de España. Una experiencia, sin duda, de llamativo relieve en la historia de nuestro país y que no dejó de repercutir también en la creación literaria, desde tempranas fechas. Los casos de Cervantes y Lope de Vega que sintéticamente presentamos aquí así lo demuestran.

Tres son los textos en los que la pluma cervantina recrearía un acontecimiento histórico que el escritor vivió y experimentó de cerca, ya próximo el fin de su vida: «El coloquio de los perros» (1613), el episodio de Ricote y Ana Félix inserto en el Segundo *Quijote* (1615) y una de las historias incluidas en el libro III del *Persiles y Sigismunda* (1617). De muy distinta configuración los tres, aun más clara resulta la distancia con el texto de Lope que revisaremos aquí, correspondiente a una de esas novelas cortas que incluyó el autor en *La Circe* (1624) con el título de «La desdicha por la honra». Variaciones literarias todas ellas sobre un mismo tema que permiten, pues, constatar cómo el alcance de este trascendió los límites de las ideas políticas.

Si comparamos los textos cervantinos entre sí una de las primeras diferencias que se hace ostensible tiene que ver con la forma en que aparece la referencia a tal suceso histórico. Mientras en el episodio quijotesco la expulsión se da como un hecho acontecido, en las otras obras no se presenta como realidad presente sino previsible en un futuro próximo. Basándose en tales datos Osuna defendió la tesis acerca de la escritura del pasaje del *Persiles* en fechas anteriores a 1609<sup>1</sup> que Márquez Villanueva ha rebatido, considerando tanto este texto como el incluido en el «Coloquio» como casos claros de pseudoprocías o *vaticinatio post eventum*<sup>2</sup>. En su detallada y completa revisión de los mencionados textos cervantinos este crítico recoge la gran variedad de opiniones acerca de la polémica cuestión sobre la posición de Cervantes frente a este suceso histórico, ejemplo más que redundante en los problemas que acarrea el acercamiento a la huidiza personalidad del primer escritor de nuestras letras. Una variedad a menudo claramente confrontada en dos posturas antagónicas que Berger ha analizado a partir de la propia experiencia vital del autor<sup>3</sup>. Las posibilidades, no obstante, de establecer de manera segura lo que el autor pensaba acerca de los moriscos a partir de la lectura de sus obras parece que resultan, como recientemente ha apuntado Pons, prácticamente nulas<sup>4</sup>.

Si nos detenemos en el pasaje correspondiente a la última de las *Novelas ejemplares* veremos cómo la mención a los moriscos aparece inmediatamente después de la referencia a los gitanos, unos y otros significativamente asociados, pues, e insertos en lo que Alberto Sánchez considera «los marginados», al estudiar las

---

<sup>1</sup> R. Osuna «La expulsión de los moriscos en el *Persiles*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIX, 1970, págs. 388-393.

<sup>2</sup> F. Márquez Villanueva, *Personajes y temas del Quijote*, Barcelona, Edicions Bellaterra, nueva edición corregida, 2011. Ver pág. 296 y pág. 302.

<sup>3</sup> Ph. Berger «Encore Cervantès et les morisques», *Siglos Dorados. Homenaje a Agustín Redondo*, P. Civil (coord.), Madrid, Castalia, 2004, 2 vols. I, págs. 115-123.

<sup>4</sup> L. B. Pons «De los moriscos a Cervantes», *eHumanista/Cervantes* 2, 2013, págs. 156-182.

clases sociales en la obra de Cervantes<sup>5</sup>. Entre los numerosos y diversos amos a los que sirve Berganza figura, por tanto, este morisco de Granada en cuya huerta se introduce el perro para precisar «que me acogió de buena voluntad y yo quedé con mejor»<sup>6</sup>. Un preámbulo que no se corresponde con la diatriba que seguirá, inmediatamente, contra este y que alcanza a todos los de su condición. Berganza traza, de esta forma, una imagen de la «morisca canalla» en la que reúne, como ha señalado García López, algunos de los lugares comunes en el pensamiento de la época<sup>7</sup>, tales como su falta de fe verdadera, su avaricia sin límites, sus robos a los cristianos... A tal respecto, y como suele ocurrir con otros amos a los que ha servido el perro, la identidad del morisco granadino se diluye completamente y el personaje no es sino un típico representante de su clase; de esta forma su presencia en la historia aparece claramente subordinada a la revisión crítica de dicho estamento. Una finalidad que resulta esencial a lo largo de todo el «Coloquio» y que, obviamente, hay que situar a la luz de las convenciones propias del género al que pertenece. En la tradición del diálogo lucianesco, uno de los principales objetivos del texto es la descarnada revisión de la realidad de la época a través de una mirada crítica que denuncia las falsedades y males que se esconden tras ella. Una visión satírica, en suma, personificada aquí además en el personaje menos fiable cuya demoledora perspectiva suele ser equilibrada por la de su oyente quien parece ostentar una más lúcida y serena visión de las cosas. Si Márquez Villanueva destaca, así, la no fiabilidad de Berganza, presentado a lo largo del diálogo como un personaje murmurador<sup>8</sup>, en el presente caso no encontramos, sin embargo, la intervención de Cipión que funcione como manifiesto contrapeso, al modo de la que aparece al defender a escribanos y alguaciles –considerados también como clase–, tras escuchar el relato sobre la Colindres. En la presente situación él se muestra acorde con el testimonio de Berganza, poniendo el escritor en su boca ese singular vaticinio sobre los «celadores prudentísimos» que buscarán remedio a tantos males. Como el citado Márquez Villanueva ha sostenido el escritor difícilmente pudo disentir, de forma explícita, de una medida ampliamente aceptada<sup>9</sup>; si ello pudo mediatizarlo al escribir este pasaje lo que resulta evidente es que, frente a otros momentos del «Coloquio», el diálogo a dos voces no ofrece aquí confrontación perspectivista alguna.

Manifiestamente hostil a los moriscos es también el testimonio que hallamos en el *Persiles*, en donde abandonamos el abstracto esquematismo patente en el discurso de Berganza, relativo a dicho pueblo, para encontrar ya a personajes individualizados

---

<sup>5</sup> «La sociedad española en el *Quijote*» Miguel de Cervantes en su obra, *Anthropos*, 17. Suplementos, 1989, págs. 267-274.

<sup>6</sup> *Novelas ejemplares*, M. Baquero Goyanes (ed.), Madrid, Editora Nacional, 1976, 2 vols., II, pág. 336.

<sup>7</sup> *Novelas ejemplares*, J. García López (ed.), estudio preliminar de J. Blasco, Barcelona, Crítica, 2001, pág. 610, nota 507.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, págs. 307-308.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, págs. 239-40.

representativos del mismo. En el cap. 11 del libro III el peregrino escuadrón llega en Valencia a «un lugar de moriscos, que estaba puesto como una legua de la marina»<sup>10</sup>. Allí serán muy bien acogidos por sus habitantes lo que propicia el comentario del admirado Antonio quien se asombra de la mala fama de esta gente, pues todos le «parecen unos santos» (p. 545). Unas palabras que obtienen la rápida réplica del prudente Periandro quien recuerda el buen recibimiento de Cristo en Jerusalén por parte de quienes lo llevarían a la cruz. La recelosa actitud del héroe podría justificarse plenamente atendiendo tanto a razones extraliterarias como propiamente literarias, pues si Valencia fue el territorio en el que la presencia morisca provocó numerosos problemas, en su periplo por esas anteriores tierras septentrionales, el encuentro con Cenotia –mora procedente de Granada que ha buscado refugio allí para ejercer sus artes de brujería– resultará funesto para todos, especialmente para el joven Antonio. Los temores de Periandro se verán, por lo demás, inmediatamente confirmados, pues la propia hija del anciano que los hospeda, la hermosa Rafala, advierte a Auristela y Constanza del peligro que les acecha dado que esa noche unos turcos asaltarán la costa<sup>11</sup>. Como ya hiciera Cervantes en su primera novela, encontramos aquí la singular mixtura entre la artificiosidad propia del género en que se inscribe la obra y el directo reflejo de acontecimientos históricos. En *La Galatea*, enmarcada en los esquemas claramente idealistas que rigen la especie pastoril, se incluye una historia de amor y aventuras que responde, además, al viejo motivo de *los dos amigos*. En el relato de Timbrio y Silerio encontramos, así, también reflejada esta misma circunstancia histórica de manera que nuevamente el escritor altera los rasgos propios de esta forma literaria al introducir unos sucesos de enorme violencia<sup>12</sup> que, pese a pertenecer al pasado –es el personaje quien relata su historia–, no dejan de introducir una llamativa perturbación en la idílica atmósfera del presente de los personajes.

Refugiados los protagonistas y sus acompañantes en la iglesia, allí los acogerán tanto el cura como un tío de Rafala, el jadraque Jarife, a quien su sobrina ha presentado ante los héroes como un auténtico cristiano. De los dos será el segundo quien lance un furioso alegato contra los suyos, anhelando el momento en que el país se vea libre de ellos. Como en el caso de Cipión también aquí cabría hablar de profecía, explicitada incluso ahora en ese abuelo del personaje, «famoso en astrología», que había vaticinado la expulsión de los moriscos de España. Una medida que reclama con urgencia Jarife, reiterando, como el perro del «Coloquio», las invectivas comunes contra esta raza, sostenidas en la postura oficial. Será cuando haya concluido el asalto berberisco, cuando el personaje irrumpa de nuevo –recordando la citada profecía– en una invocación al poder para que ponga en práctica esa definitiva solución al conflicto generado. No deja de ser significativo que las dos únicas intervenciones de Jarife tengan que ver con la abierta manifestación de

<sup>10</sup> *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, C. Romero Muñoz (ed.), Madrid, Cátedra, 2002, 2ª ed. revisada, pág. 544. Citaremos siempre por ella.

<sup>11</sup> Sobre la historicidad de tal situación véase lo que apunta Pons, *art. cit.* págs. 168-69.

<sup>12</sup> *La Galatea*, F. López Estrada y M<sup>a</sup> T. López García-Berdoy (eds.), Madrid, Espasa Calpe, 1995, pág. 280.

su enconada hostilidad hacia su propio pueblo, y que el personaje, por ello, sólo presente como rasgo caracterizador su rechazo hacia los suyos<sup>13</sup>. Incluso se diría que su alegato antimorisco queda intensificado por el silencio del representante del estamento religioso oficial, el cura, quien únicamente se refiere a la reiterada práctica del asalto a las costas, de los turcos, sin expresar en ningún momento una postura hostil hacia sus compatriotas moriscos.

Si para Márquez Villanueva no resulta tampoco aquí posible la identificación entre el pensamiento del personaje y el del autor, debiendo una vez más acudir el lector a la interpretación irónica<sup>14</sup>, lo que parece incuestionable es que estamos ante un personaje de hierática rigidez<sup>15</sup>, muy alejado de la conseguida humanidad de tantas figuras cervantinas. Precisamente el llamativo contraste con la mencionada Rafala sirve para acentuar su esquematismo. Esta, concluido el asalto de los turcos y la huida de muchos de los suyos, quienes destruyen al marcharse una cruz de piedra, aparece portando, significativamente, una humilde cruz de cañas<sup>16</sup>. Si la exultante alegría de la misma al verse libre entre cristianos contrasta con el sombrío perfil de su tío, también se produce una no menos curiosa confrontación con un cristiano viejo como el escribano, con quien coincide a su llegada a la iglesia. Infante ha subrayado, así, la diferencia entre la actitud de la morisca cristiana y ese escribano sólo preocupado por la pérdida de sus bienes<sup>17</sup>. El comentario del narrador indicando cómo Rafala oró y besó primero las manos del cura, mientras el escribano «ni adoró ni besó las manos a nadie, porque le tenía ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda» (p. 553) no puede ser más significativo.

Incluido el episodio de los moriscos valencianos como uno más de los muchos que encontramos jalonando la larga peregrinación de los héroes, no cabe duda que también aquí resulta fundamental tener en cuenta las convenciones literarias a las que se ajusta la obra. Relato de acción y viaje no es, desde luego, la delineada configuración de los caracteres lo más significativo del género, viéndose los propios héroes afectados por esto. Si a ello se une que la mayoría de los personajes pertenecientes a esas tramas secundarias ven aun mucho más comprimida su conformación, no puede extrañar lo sucinto de la caracterización de estas figuras. Lo que no es óbice para que, pese a todo, el fugaz personaje de Rafala sirva de conmovedor contrapeso humano a ese mero símbolo que personifica la condena oficial a los moriscos que resulta ser su tío.

---

<sup>13</sup> B. Pons escribe, al respecto: «su única esencia como personaje se cifra en pronunciar su agrio parlamento, que busca separarle de su comunidad original», *art. cit.*, pág. 70.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, pág. 297.

<sup>15</sup> Márquez Villanueva habla de la ausencia de un verdadero espíritu cristiano en él.

<sup>16</sup> Sobre ello véase C. Infante, «Los moriscos y la imagen religiosa: la cruz de Rafala en el *Persiles* rebatiendo a los apologistas de la expulsión», *eHumanista/Cervantes*, 1, 2012, págs. 285-299.

<sup>17</sup> *Art. cit.*

Pero será, sin duda, en el citado episodio del *Quijote* donde el escritor se explaye más sobre la cuestión de la expulsión de los moriscos, presentada ya como suceso histórico acaecido. En él, como ha señalado Carrasco, Cervantes se mantiene bastante fiel a los hechos, incluso en la caracterización de las diferentes actitudes humanas, personificadas en Ricote y su familia. Para esta autora la posición mayoritaria del morisco criptomusulmán la representaría la figura del cuñado, la indefinición religiosa que lleva a Ricote a buscar destino en tierras no islámicas, también refleja una actitud no inusual entonces, y la piedad católica atribuida a su esposa e hija responde a una realidad ampliamente documentada<sup>18</sup>.

Articulada claramente en dos mitades –entre las que media un buen número de capítulos–, la historia de Ricote y su reencuentro con su hija en Barcelona responde, sin duda, a esquemas literarios muy distintos. Neuschäfer contrastó, así, el realismo de la parte inicial con la conclusión mucho más literaria al introducirse la figura de Ana Félix<sup>19</sup>, para subrayar, por su parte, Güntert, como rasgo estilístico propio del último Cervantes, esa técnica de insertar esquemas literarios tradicionales en situaciones históricas<sup>20</sup>. Desde luego poco tiene que ver ese prosaico encuentro entre Sancho y un vecino del lugar –pese a los cambios relativos a sus identidades que ambos se manifiestan– con el relato de la hija de Ricote, repleto de acción dramática, en el que no faltan disfraces y grandes peligros. Desde su inicial aparición, en hábito masculino, hasta la efectista anagnórisis entre padre e hija, pasando por la descripción de los jóvenes amantes, en la más pura línea de los encarecimientos hiperbólicos que recibieran los héroes de las antiguas novelas griegas, todo apunta a un relato trazado dentro de los cánones típicos de una poética tradicional. En ambas mitades, no obstante, el escritor presenta la historia conforme a la misma técnica –habitual, por lo demás, en la inserción de relatos secundarios–, pues tanto en su inicio como en su final la narración depende de los propios personajes. Como ocurría desde remotos orígenes literarios, se trata de una historia repartida en voces distintas que van sumando nuevos datos para el desarrollo de esta<sup>21</sup>, por lo que el lector encontrará singularmente dosificada la información, al presentarse el relato de forma fragmentada.

Recordemos cómo en el cap. 54 el narrador se centra en Sancho a quien sigue tras haber dejado su gobierno en la ínsula Barataria. Será en ese viaje de vuelta, en

<sup>18</sup> *Don Quijote de la Mancha*, F. Rico (ed.), Barcelona, Crítica, 1998, 2 vols. II, págs. 204-205. Citaremos siempre por esta edición. Carrasco reúne asimismo algunos de los testimonios fundamentales de la crítica respecto a la posición de Cervantes ante el problema morisco. Sobre la conexión del episodio cervantino con la realidad histórica ver también T. J. Dadson, «Convivencia y cooperación entre moriscos y cristianos del campo de Calatrava: de nuevo con Cervantes y Ricote», *Siglos Dorados*, op. cit., I, págs. 156-182.

<sup>19</sup> *La ética del Quijote*, Madrid, Gredos, 1999.

<sup>20</sup> *Cervantes: Narrador de un mundo desintegrado*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2007.

<sup>21</sup> Sobre tal procedimiento ver A. L. Baquero Escudero, *La intercalación de historias en la narrativa de Cervantes*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2013.

busca de su amo, cuando se cruce con una compañía de peregrinos extranjeros a quienes, generosamente, socorre. De entre los mismos uno de ellos lo observará con especial atención, identificándose como el morisco Ricote, tendero de su lugar. Un personaje cuyo nombre llamó ya la atención de estudiosos como Bowle o Clemencín quienes lo relacionaron con el valle de Murcia así denominado, cuyos habitantes fueron los últimos en cumplir la orden de expulsión<sup>22</sup>. Desde luego, comparada con las figuras moriscas de los textos ya vistos, este Ricote, amigo de Sancho, se nos presenta como un personaje de plena y conseguida humanidad cuyo testimonio ha sido, nuevamente, motivo de diversas interpretaciones por parte de la crítica<sup>23</sup>.

Identificado por su asombrado vecino, los dos compartirán en un primer momento un distendido y alegre banquete campestre con los peregrinos alemanes. En la presentación de este se demora el narrador, retrasándose, de esta forma, la esperada revelación de Ricote, sobre su situación<sup>24</sup>. Sólo cuando el resto de compañeros caen «sepultados en dulce sueño» (p. 1071), el morisco comenzará su relato, en cuyo inicio queda ya manifiesta la naturaleza prevenida y prudente del personaje quien se anticipa a sus compatriotas para buscar un lugar seguro en el que poder refugiar a su familia. Una prudencia que, se diría, comparte con su creador quien en el largo parlamento de Ricote sabe alternar, conjuntamente, el mantenimiento de la postura oficial con la crítica hacia la misma, reflejada en el caso concreto de esta familia. Así si el antiguo amigo de Sancho no deja de alabar «la gallarda resolución» de su Majestad, precisa, no obstante, que no todos eran «culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos» (p. 1072) si bien, añade también inmediatamente, eran tan pocos que «no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno» (p. 1072). El vertiginoso deslizamiento del alegato antimorisco a la defensa y presentación de estos como víctimas sigue manteniéndose en el discurso del personaje<sup>25</sup>. Si Ricote reconoce así que fueron justamente castigados al destierro, no deja de establecer una clara confrontación entre la perspectiva externa y la propia del pueblo expulsado, pues si tal pena resulta «blanda y suave al parecer de algunos» era «al nuestro la más terrible que se nos podía dar» (p. 1072). Para

---

<sup>22</sup> Véase la larga nota de Clemencín dedicada a esta cuestión en la moderna edición del IV Centenario, con estudio crítico de Astrana Marín, Valencia, Ortells, 1980, pág. 1819. Sobre ello véase también F. Flores Arroyuelo, *Los últimos moriscos (Valle de Ricote, 1614)*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1989. Para una interpretación distinta del nombre, asociado con las riquezas vinculadas al personaje, ver M. Moner, «El problema morisco en los textos cervantinos», *Las dos grandes minorías étnico-religiosas en la literatura española del Siglo de Oro: Los judoconversos y los moriscos*, I. Andrés-Suárez (coord.), Université de Besançon, 1995, págs. 85-100.

<sup>23</sup> Ver, por ejemplo, la aproximación de G. Díaz Migoyo, «La paradójica identidad del morisco Ricote», *Actas del XI Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros, Seúl, 2005, págs. 43-51.

<sup>24</sup> Sobre el hecho de que el morisco tome vino y jamón ver Pons, *art. cit.*, pág. 171.

<sup>25</sup> Como Thomas Mann escribió el pasaje constituye «una sabia mezcla de declaraciones de lealtad, de muestras del catolicismo cristiano riguroso del autor (...), de la más viva compasión humana», *Viaje por mar con Don Quijote*, Barcelona, RqueR Editorial, 2005, pág. 84.

añadir a través de su conmovedor testimonio: «Doquiera que estamos lloremos por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural»<sup>26</sup>. Incluso comenta que muchos de los suyos no pueden superar el sentimiento de pérdida y regresan a España, desamparando a mujeres e hijos que quedan en tierras extranjeras. De las mismas Ricote ha recorrido muy distintos lugares para fijar su residencia en Alemania en donde conoció a los peregrinos con quienes viaja, decidiendo volver a España para desenterrar el tesoro que dejó y buscar a su mujer e hija. Es al mencionar a ambas, cuando Ricote declara a Sancho que son católicas cristianas, para precisar, inmediatamente, refiriéndose a sí mismo: «y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo de servir» (p. 1074). Desde luego tal confesión no deja de resultar llamativa por su honesta sinceridad y demuestra la íntima relación que existe entre ambos interlocutores. De forma que si el morisco no deja de expresar sus dudas religiosas a su vecino, este le previene contra futuros peligros, para asegurarle –pese a los riesgos que ello conllevaba– que no lo denunciará. Será, además, el testimonio de Sancho el que añada nuevos datos a la historia del desterrado Ricote, relatando cómo fue la conmovedora marcha de su familia y cómo Pedro Gregorio, mancebo mayorazgo rico, apasionado de su hija –que dicen que «la quería mucho» (p. 1076)–, desapareció del lugar tras su partida. Representante, como otros narradores cervantinos, de una perspectiva coral, Sancho desconoce completamente el paradero de este, compartiendo con Ricote el deseo de que no exista ninguna relación entre ambos pues «les estaría mal» (p. 1076).

Si los dos se despiden con nuevas muestras de firme amistad, capítulos más adelante, en el 63, y en el nuevo escenario barcelonés, volverán a reencontrarse. Será en este momento de la historia de don Quijote cuando aparezca, bajo disfraz masculino, la buscada hija de Ricote quien a través de su perspectiva prosigue el incompleto relato, todo él, como se indicó, repleto de lances aventureros. Lo primero que hará el personaje será exponer su condición de morisca, defendiendo desde un principio su verdadera fe católica. Algo que hace extensivo a sus propios padres –«Tuve una madre cristiana y un padre discreto y cristiano ni más ni menos» (p. 1152)– y que introduce, al respecto, una llamativa distorsión en relación al anterior testimonio de Ricote sólo percibido, no obstante, por Sancho y el privilegiado lector. Desde luego las muy distintas circunstancias que envuelven la narración de los dos personajes –recordemos la multitudinaria recepción que rodea a Ana Félix– justifica tales divergencias. Fuera de esto el largo discurso del personaje revela una manifiesta sinceridad pues si no intenta matizar la injusticia contra ellos cometida, acudiendo a esos tópicos que veíamos en otros personajes moriscos, tampoco encubre la existencia del tesoro paterno. Por lo demás todo lo que sigue desde su llegada de Argel, con el travestismo invertido entre ella y su enamorado –que Cervantes usaría

---

<sup>26</sup> Ver A. Villar Lecumberri, «Doquiera que estamos lloremos por España (El Quijote II. 54)», *Con los pies en la tierra. Don Quijote en su marco geográfico e histórico*. Homenaje a José M<sup>a</sup> Casasayas, F. B. Pedraza Jiménez y R. González Cañal, Universidad Castilla-La Mancha, 2008, págs. 183-194.

en otras ocasiones<sup>27</sup> -, cae ya de lleno en la tradición de esos relatos de aventuras y enredos amorosos. Concluida su narración se producirá la impactante anagnórisis con su padre, quien implora la misericordia de sus oyentes, si bien vuelve a incidir en lo justo de la decisión del destierro. Un encuentro que es ratificado por el locuaz Sancho quien afirma: «Bien conozco a Ricote y sé que es verdad lo que dice en cuanto a ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena o mala intención, no me entremeto» (p. 1155). Si a través de tal comentario Cervantes parece estar poniendo de relieve la cuestionabilidad de todo testimonio personal –el tan debatido tema de la fiabilidad o no de los personajes narradores-, no podemos tampoco olvidar las delicadas circunstancias históricas que rodean la situación de estos moriscos, que no pueden dejar de inducir a la cautela y prudencia de quienes juzgan su caso.

Manifiestamente sintetizado el desarrollo posterior de esta historia, con el regreso de Argel de su enamorado, tanto don Antonio Moreno como el virrey adoptan una postura favorable a ellos, prestándose el primero a defender su causa en la corte. Una solicitud que será atajada, sin embargo, por el mismo Ricote quien subraya lo inquebrantable de la actitud de don Bernardino de Velasco en su postura antimorisca. Precisamente las últimas palabras que escuchamos del personaje consisten en un, verdaderamente, insólito panegírico hacia Felipe III y Velasco. Como ocurrió con otras historias intercaladas en la obra, nos encontramos ante un relato que muestra un final manifiestamente abierto. Curiosamente también se había planteado tal situación en la historia episódica del capitán cautivo y Zoraida, ejemplo similar en cuanto a la relación híbrida entre un cristiano y una mora. Pero si allí el reencuentro con su hermano el oidor y la favorable acogida de la pareja presagiaba un final dichoso, ahora las circunstancias que envuelven a Ana y don Gregorio son muy distintas y la resolución feliz para los dos presenta no pocos escollos.

Muy diferente en su cotejo con estos textos se muestra, como indicamos, el relato de Lope «La desdicha por la honra». Se trata, en este caso, de una novela corta, género en cuyo manejo, como han señalado Bataillon y Avalor-Arce, el escritor se propuso superar a Cervantes<sup>28</sup>. Vinculada, por Carreño, con la novela morisca<sup>29</sup> y por Barella con los libros de cautivos y las comedias de honor<sup>30</sup>, desde luego la relación con este último género aparece, incluso, explícita en el texto. Es en su preámbulo donde Lope refleja su personal poética por la que une comedia y novela, géneros ambos «cuyo fin es haber dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte» (p. 183), incidiendo, por lo demás, en la práctica narrativa de la presente

---

<sup>27</sup> El ejemplo más famoso sería el de Periandro y Auristela, aunque cabe recordar el incidente de la hija de don Diego de la Llana, en el gobierno de Sancho.

<sup>28</sup> M. Bataillon, «La desdicha por la honra: génesis y sentido de una novela de Lope», *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1963, págs. 373-418. J. B. Avalor-Arce, «Lope entre dos mundos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV, 1975, págs. 308-317.

<sup>29</sup> *Novelas a Marcia Leonarda*, Madrid, Cátedra, 2007. Citaremos por ella.

<sup>30</sup> *Novelas a Marcia Leonarda*, Madrid, Júcar, 1988.

obra en paralelismos también explícitos. Del cambio del héroe de caballero cristiano a bajá del Turco apostilla «que parece de los disfraces de las comedias, donde a vuelta de cabeza es un príncipe lagarto, y una dama, hombre y muy hombre» (p. 210). Precisamente esta última situación se da en este relato al huir la gran Sultana disfrazada de soldado quien, por lo demás, se enamora precisamente del protagonista en la representación en que actúa, de una comedia de Lope. Finalmente recordemos también cómo el autor se despide de Marcia Leonarda, con el comentario sobre el hijo de Felisardo «que si creciere, como en las comedias, tendrá vuestra merced la segunda parte» (p. 230).

Desde luego no cabe duda que estamos ante una historia cuyos complejos enredos evocan las tramas de tantas comedias de la época y dentro de la cual el motivo histórico que nos ocupa actúa, en realidad, como principal resorte que provoca la efectista peripecia que sacude la vida del personaje. Lope dispone, así, una trama en la que la realidad histórica reflejada aparece claramente al servicio de la ficción poética. De forma que si ese locuaz narrador que conversa constantemente con su destinataria expone, en un primer momento, los peligros que conlleva escribir sobre hechos recientes, no es, desde luego, la problemática de la cuestión de la expulsión el objeto del escritor quien tan sólo en algún momento y por boca del narrador –no de los personajes como vimos en Cervantes<sup>31</sup>– elogia las disposiciones de una de las figuras que abogó por la medida, como don Juan de Ribera («de santa y agradable memoria» p. 204).

La historia nos presenta a un mancebo de gentil disposición, Felisardo, quien tras mostrar en la corte española su noble condición decide viajar a Italia, en donde entra al servicio de un príncipe. Frente a las obras vistas de Cervantes, Lope lleva a su héroe fuera de España de manera que la referencia a lo allí acontecido –la expulsión de los moriscos– es contemplada desde lejos. Enamorado de Silvia y tras enfrentarse a su pretendiente –con el consabido matrimonio secreto final entre ambos–, el personaje marcha inesperadamente a Nápoles en donde, en una carta, informa al virrey de Sicilia sobre los motivos de su huida que no son sino el funesto descubrimiento de que su familia ha debido marchar a Constantinopla, afectada por el decreto de expulsión. Será, pues, en este momento del relato cuando descubramos que lejos de ser cristiano viejo el joven Felisardo procede, en realidad, de los famosos Abencerrajes. Desesperado ante esta revelación decide reunirse con sus padres en Constantinopla, motivo que da lugar a una larga digresión sobre el lugar y sus habitantes, acerca de los cuales ofrece una imagen, según Ynduráin, bastante convencional<sup>32</sup>. Será en esta situación cuando se produzca una transformación

---

<sup>31</sup> Sobre ello véase el reciente trabajo de Pozuelo Yvancos, en su interesante lectura de este episodio. «Decir histórico y hacer narrativo: otra vez los moriscos del *Quijote*», *La invención literaria*, Ediciones Universidad de Salamanca, 2014, pág. 57.

<sup>32</sup> F. Ynduráin, *Lope de Vega como novelador*, Santander, Publicaciones de la Universidad Internacional de Menéndez Pelayo, 1962, pág. 58. Una visión distinta sobre las digresiones en el género, tal como lo concibe Lope, puede verse en A. Sánchez Jiménez, «La poética de la interrupción en las *Novelas a Marcia Leonarda*, en el proyecto narrativo de Lope de Vega», *Ficciones en la ficción*,

insólita en el personaje que el narrador, pese a los privilegios de la omnisciencia que le ofrece el relato, no acierta a explicar. Escribe, así, a su destinataria: «Y aquí confieso a vuestra merced, señora, que no sé, porque no me lo dijeron, cómo o por dónde vino a ser Felisardo nada menos que bajá del Turco», para apostillar en un juicio moral inmediato: «No lo apruebo» (p. 210). La construcción más dramática que novelesca del personaje continúa manifestando la influencia del género mejor cultivado por el autor, y la ausencia en este de una verdadera preocupación por el ahondamiento interior en el personaje, en un momento de auténtica crisis en su vida. Como muy bien concluía su estudio Bataillon: «Para Lope, idear un héroe no es meditar sobre un destino y una conducta; es percibir un gesto y trazar en el aire la línea quebrada de unas aventuras fulgurantes»<sup>33</sup>. Porque, efectivamente, el nuevo cambio en la vida de Felisardo irá asociado a nuevas y complicadas situaciones, con el enamoramiento de la mencionada Sultana, esa trama secundaria de las complejas relaciones en el seno familiar del Turco que genera el conflicto final de la preparada unión del ahora Silvio Bajá y la hermana del Turco –cuando lo que este desea es regresar junto a Silvia y al hijo que han tenido–, más el nuevo enredo amoroso surgido por la pasión que despierta en la Sultana doña María y la preparada fuga de ambos. Una fuga que concluye funestamente con la ahora ejemplar muerte del héroe, que confiesa y defiende su verdadera fe cristiana. En el breve espacio de una novela corta Lope ha presentado, pues, toda una laberíntica trama en que el travestismo afecta no sólo a los habituales cambios de género sino también a la identidad religiosa de los personajes; de manera que ese noble Felisardo, falso cristiano viejo procedente en realidad de la estirpe de los Abencerrajes, se transforma en Silvio Bajá entre los turcos, para manifestar finalmente su verdadera fe cristiana.

Si establecemos, por tanto, finalmente, en un rápido ejercicio comparatista un cotejo entre el relato de Lope y los textos de Cervantes podremos concluir que el foco conductor que guía nuestro estudio adquiere manifestaciones bien distintas en ellos. Las menciones destacadas en «El coloquio» ofrecían una caracterización negativa de los moriscos cuya expulsión parece anhelarse, dentro de la difuminación propia del género en lo tocante a la presentación de figuras individuales. El morisco amo de Berganza es sólo, pues, un fiel representante de su estamento, carente de cualquier rasgo que lo particularice. Frente a ello Cervantes crea ya a figuras con identidad propia en el episodio del *Persiles*. Enmarcado el mismo en una obra que responde al género novelesco de amor y viajes que hunde sus raíces en la tradición helenística, en el presente caso recordemos que el escritor sitúa a sus protagonistas en una geografía familiar y próxima, en marcado contraste con esas tierras septentrionales de la primera mitad. Si allí no era inusual lo portentoso e incluso sobrenatural, en esta segunda parte la aventura de los protagonistas adquiere nuevo perfil pues a unos nuevos espacios corresponden distintas acciones, algunas, incluso, ligadas a modelos

---

V. Núñez Rivera (ed.), Bellaterra, Studia Aurea Monográfica, 2013, págs. 99-114. Sobre el posible modelo real y el texto que pudo utilizar el autor al concebir este relato, ver el citado artículo de Bataillon.

<sup>33</sup> *Art. cit.*, pág. 401.

tan alejados del *romance* de aventuras, como el picaresco<sup>34</sup>. Más próximos, por tanto, algunos de estos lances a lo que, si se quiere imprecisamente, podemos denominar poética realista, desde luego en la estancia del peregrino escuadrón en Valencia irrumpe con contundencia la realidad histórica. Cervantes refleja, nuevamente, el habitual asalto berberisco a tierras cristianas, con la confabulación del pueblo morisco que desea abandonar España. Unos lances que podríamos entroncar con una visión antimorisca que, curiosamente, aparece aquí personificada no en los cristianos viejos sino en uno de estos moriscos cristianos que apela, incluso, a la medida extrema de su necesaria expulsión. Mucho más humana y verosímil en su caracterización se presenta su sobrina Rafala, ejemplo manifiesto de la sinceridad religiosa de los conversos. Será, no obstante, en el *Quijote* donde Cervantes enfrente ya la situación de los moriscos expulsados, al presentar la historia de Ricote y su hija. También estos, como los anteriores, aparecen en suelo español, si bien tanto uno como otra han tenido que salir fuera del país por exigencias de los nuevos decretos. Si el héroe de Lope sufría desde lejos y de forma fulminante la terrible realidad del destierro que, inesperadamente, le afectaba, sus sentimientos y actitud a raíz de tan funesta revelación en nada podían ser similares a los de estos sencillos vecinos del pueblo de Alonso Quijano. La reacción de Felisardo corresponde, pues, a la de un héroe de estirpe aristocrática, caracterizado por sus altas virtudes caballerescas que sólo puede aspirar a conseguir un regreso triunfal a España a través de grandes proezas. Nada tienen que ver, por tanto, sus oculto proyectos, con los planes de ese prudente tendero que busca refugio para su familia y regresa, en secreto, para desenterrar su tesoro. Lo que en Lope se ajusta al modelo literario de un relato de amor y aventuras en la más pura tradición idealista, responde en la parte primera del episodio cervantino a exigencias muy distintas, al presentar una experiencia personal, originada por el decreto antimorisco, dentro de los límites de una verosimilitud que se aproxima mucho a la verdad histórica. Una disposición que cambia en la prolongación de la historia al reaparecer Ana Félix y con ella la proyección de un modelo narrativo propio de una poética tradicional. Con todo, y pese a la coincidencia con el relato lopesco en el uso del motivo del disfraz, la narración de la hija de Ricote dista de la laberíntica complejidad de la historia de Felisardo, cuyo efectista y cerrado final trágico contrasta asimismo con la apertura del impreciso final de la historia de estos dos amantes<sup>35</sup>. Quizá en lo único en que parecen coincidir los dos autores, tan próximos a las circunstancias históricas que provocaron una verdadera conmoción en los cimientos de la sociedad del momento, es en señalar lo imposible, tras la aplicación del decreto, de las relaciones entre miembros de las dos razas.

Podríamos, por consiguiente, concluir señalando cómo Lope y Cervantes al convertir en ficción una misma realidad histórica, conciben unas creaciones literarias de muy distinta naturaleza. En Lope esta funciona, en realidad, casi como buscado pretexto para intensificar la inesperada peripecia que afecta al destino de un héroe

---

<sup>34</sup> Caso del episodio de los falsos cautivos.

<sup>35</sup> Dos parejas, por lo demás, que presentan una conflictiva situación amorosa en llamativo contraste pues la dualidad cervantina morisca-cristiano es en Lope la de cristiana-morisco.

caracterizado por su valor e innato aristocratismo. Lejos de ahondar, no obstante, en la compleja situación de un personaje colocado en tan difícil encrucijada, el narrador se distancia y da cuenta únicamente de sus heroicos hechos, con la explícita revelación última de su fidelidad a la fe cristiana<sup>36</sup>. Esa aludida deposición transitoria de la omnisciencia narrativa se justifica, pues, aquí por la búsqueda del efecto final de la historia. Es, por consiguiente, el deseo de provocar y mantener en todo momento la admiración de sus lectores, llevados sin pausa por la concatenación de lances sorprendentes, lo que parece guiar el interés del autor. Un objetivo que transforma, al incorporarla a la ficción, una realidad histórica de candente actualidad, en un eslabón más de esa larga cadena de sucesos impactantes.

Frente a Felisardo Cervantes elige a un personaje cuya experiencia individual responde a la de muchos de los moriscos afectados por la implacable medida. Un personaje que lejos de ostentar un perfil heroico ni siquiera puede responder de sus auténticas convicciones religiosas, envuelto en el opresivo y confuso clima en cuestiones de fe que reina en estos momentos. Y aunque el escritor prolongue su historia con la aparición de una serie de acontecimientos que ligan dicho episodio a modelos tradicionales, *literaturizándolo*, y alejándolo, de alguna forma, de esa acuciante realidad histórica, los sobrecogedores lamentos de Ricote por su triste destino y el de todos los suyos, hechos en la confidencialidad a un viejo amigo, quedan grabados en el texto en lengua española de mayor proyección universal, como elocuente testimonio de un acontecimiento crucial en la historia de nuestro país.

---

<sup>36</sup> Defendida en ocasiones anteriores ante su amada o la Sultana será al final cuando la misma se manifieste, plenamente, en su heroica muerte.

